

chos desgraciados colonos, estaba perfectamente situado para el gran objeto de las expediciones marítimas; y el puerto, por su posición central, era el mejor punto de partida para esas expediciones, ya se dirigiesen al Norte ya al Sur, que habían de examinar la inmensa extensión de costa que baña el Océano del Sur. Sin embargo en esta nueva y favorable posición, pasaron algunos años antes que el rumbo del descubrimiento tomase la dirección del Perú. Todos los esfuerzos se dirigían exclusivamente al Norte, ó mas bien al Occidente, obedeciendo las órdenes del gobierno, que siempre antepone á todo el deseo de descubrir un estrecho que, según se suponía, debía cortar por algún punto el prolongado Istmo. Se hacia armamento tras armamento con este quimérico fin; y Pedrarias veía estenderse mas y mas todos los años sus dominios sin sacar grandes ventajas de sus adquisiciones. Veragua, Costa Rica, Nicaragua fueron sucesivamente ocupadas, y sus valientes caballeros se abrieron paso al traves de bosques y montañas y de tribus guerreras de salvajes, hasta que en Honduras se encontraron con los compañeros de Cortés, los conquistadores de Méjico, que habían descendido de la gran llanura elevada del Norte á las regiones de Centro América, completando así el descubrimiento de esta tierra salvaje y misteriosa.

Hasta 1522 no se envió una expedición formal y organizada hacia el Sur de Panamá, bajo las órdenes de Pascual de Andagoya, caballero muy distinguido de la Colonia. Pero este gefe solo penetró hasta el Puerto de Piñas, límite de los descubrimientos de Balboa, cuando el mal estado de su salud le obligó á embarcarse de nuevo y abandonar su empresa en su origen mismo (1).

Entre tanto seguían llegando á oídos de los españoles, é inflamando su imaginación, noticias de la civilización y de la riqueza de una nación poderosa del Sur; y parece extraordinario que se tardase tanto en enviar expediciones en esa dirección. Pero la posición exacta y la distancia de este reino encantado eran solo objeto de conjetura. La gran región intermedia estaba ocupada por razas salvajes y belicosas; y la poca experiencia que ya habían adquirido los marinos españoles de la vecina costa y de sus habitantes, y aun mas lo tempestuoso de los mares, porque habían hecho sus expediciones en las peores épocas del año, aumentaba las dificultades aparentes de la empresa, y hacia retroceder hasta á sus intrépidos corazones.

Tal era el estado de las opiniones en la pequeña ciudad de Panamá durante algunos años despues de su fundación. Entre tanto, la deslumbradora conquista de Méjico dió nuevo estímulo al deseo ardiente de hacer nuevos descubrimientos, y en 1524 se encontraron tres hombres en la Colonia en quienes el espíritu aventurero triunfó de todas las demas consideraciones de dificultad y peligro que impedían el adelanto de la empresa. Uno de ellos fue elegido por su carácter y por su aptitud para llevarla á cabo. Este hombre era Francisco Pizarro; y como ocupó en la

rescates de las otras cosas necesarias al buen proveimiento de aquello: é para que estos navios aprovechen es menester que se hagan allá.» Capítulo de Carta escrita por el rey Católico á Pedrarias Dávila, ap. Navarrete, Colección de los Viajes y Descubrimientos (Madrid, 1829), tomo III, núm. 5.

(1) Según Montesinos, Andagoya se lastimó mucho de resultas de una caída de caballo estando desplegando su habilidad de ginete ante los asombrados indigenas (Anales del Perú, MS., año 1524). Pero el adelantado en una relación de sus descubrimientos escrita por él mismo no dice nada de este accidente, y tribuye su enfermedad á haberse caído al agua, en que por poco se ahogó, enfermedad que tardó mucho tiempo en curarse. Esta explicación de su vuelta era sin duda mas agradable á su vanidad que la generalmente recibida. Este documento, importante por ser obra de uno de los primitivos descubridores, se conserva en los archivos de Sevilla, y fue publicado por Navarrete, Colección, tomo III, núm. 7.

conquista del Perú el mismo puesto eminente que Cortés en la de Méjico, será necesario referir brevemente su vida.

CAPITULO II.

Francisco Pizarro.—Su juventud.—Primera expedición al Sur.—Desventuras de los viajeros.—Encuentros peligrosos.—Vuelta á Panamá.—Expedición de Almagro.

(1524—1525.)

FRANCISCO Pizarro nació en Trujillo, ciudad de Extremadura en España. La época de su nacimiento es incierta; pero probablemente fue hacia 1471 (2). Era hijo natural, y no debe sorprendernos que sus padres no se cuidasen mucho de perpetuar la fecha de su nacimiento. Pocos gustan de consignar el testimonio de sus faltas. Su padre, Gonzalo Pizarro, era coronel de infantería, y sirvió con alguna distinción en las campañas italianas bajo las órdenes del Gran Capitan, y luego en las guerras de Navarra. Su madre, Francisca Gonzalez, era mujer de humilde condición en la ciudad de Trujillo (3).

Poco se sabe de los primeros años de nuestro héroe, y aun eso poco no siempre es digno de fé. Según unos, sus padres lo abandonaron, dejándolo como espósito á la puerta de una de las iglesias principales de la ciudad. Añádese que hubiera muerto á no haberle dado de mamar una puerca (4), nodriza mas improbable aun que la que se señala á Rómulo. La historia de los primeros años de hombres que despues se han hecho famosos, lo mismo que la historia primitiva de las naciones, ofrece un campo fértil á la invención.

Parece cierto que el joven Pizarro fue poco atendido por sus padres, y que se confió su educación á la naturaleza. No se le enseñó á leer ni á escribir, y su principal ocupación fue la de porquerizo. Pero este sistema de vida no convenia al carácter ardiente de Pizarro cuando creció en años, y oyó referir las noticias del Nuevo-Mundo, tan seductoras para la juventud, y que eran el asunto principal de todas las conversaciones. Comunicósele el entusiasmo popular, y se aprovechó de un momento oportuno para abandonar su innoble empleo y escaparse á Sevilla, puerto en que se embarcaban los aventureros españoles para ir á buscar fortuna al Occidente. Pocos de estos podían abandonar su patria con menos motivo de pesar que Pizarro (5).

(2) Los pocos escritores que se aventuran á fijar la época del nacimiento de Pizarro lo hacen de una manera tan vaga y contradictoria, que tenemos poca confianza en sus datos. Verdad es que Herrera dice terminantemente que tenia 63 años cuando murió, en 1541. (Hist. General, dec. VI, lib. X, capítulo VI.) Esto fijaría la época de su nacimiento en 1478. Pero Garcilaso de la Vega asegura que tenia mas de cincuenta años en 1525. (Com. Real, parte II, lib. I, cap. I.) Según esto habría nacido antes de 1475. Pizarro y Orellana que, como pariente del conquistador, tenia motivos para estar bien informado, dice que tenia cincuenta y cuatro años en la misma fecha de 1525. (Varones ilustres del Nuevo Mundo, Madrid 1659, pág. 128.) Pero en la época de su muerte dice que tenia cerca de ochenta años (pág. 183). Considerando esto como una exageración destinada á producir efecto en la circunstancia particular en que se usa, y admitiendo la exactitud del dato anterior, la época de su nacimiento viene á ser la que damos en el texto. Esto lo hace algo viejo para emprender la conquista de un imperio; pero Colon tenia aun mas edad cuando emprendió su carrera.

(3) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 197.—Zárate Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Pizarro y Orellana, Varones ilustres, pág. 128.

(4) «Nació en Trujillo, y echáronlo á la puerta de una iglesia, mamó una puerca ciertos días, no se hallando quien le quisiese dar leche.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIV.

(5) Según el comendador Pizarro y Orellana, Francisco Pizarro sirvió, siendo aun niño, con su padre en las guerras de Italia; y despues con Colon y otros ilustres descubridores en el

No sabemos en qué año ocurrió este suceso importante de su vida. La primera vez que oímos hablar de él en el Nuevo-Mundo, es en la Española, en 1610, donde sentó plaza en la expedición á Uraba en Tierra Firme, bajo las órdenes de Alonso de Ojeda, cuyo carácter y hazañas no encuentran con qué compararse sino es en las páginas de Cervantes. Hernán Cortés, cuya madre se llamaba Pizarro, y según se dice era pariente del padre de Francisco, estaba entonces en Santo Domingo, y se disponía á marchar en la expedición de Ojeda, cosa que no pudo realizar por haberse lastimado ligeramente un pie. Si se hubiera ido, la caída del imperio azteca se hubiera retardado por algún tiempo, y quizás el cetro de Motezuma se hubiera transmitido pacíficamente á su posteridad. Pizarro fue, como los demas, victima de las desgracias que sufrió la colonia de Ojeda, y su discreción inspiró tal confianza á su gefe, que este le dejó el mando del establecimiento cuando tuvo que ir en busca de provisiones á las islas. El lugarteniente siguió en su puesto peligroso por espacio de unos dos meses, esperando á que la muerte hubiera disminuido lo bastante la colonia para que fuera posible embarcar sus miserables restos en el buquecillo que les quedaba (1).

Despues de esto lo encontramos asociado á Balboa, el descubridor del Pacífico, y cooperando con este al establecimiento de la colonia de Darien. Tuvo la gloria de acompañar á este intrépido español en su terrible marcha al traves de las montañas, y de ser por tanto uno de los primeros europeos cuyos ojos se deleitaron con la vista, prometida tanto tiempo antes, del mar del Sur.

Despues de la muerte prematura de su gefe, Pizarro se adhirió á Pedrarias, y este gobernador lo ocupó en varias expediciones militares, que, si no le producian mucho, á lo menos le acostumbraban á esas privaciones y peligros que habían de salir al paso del futuro conquistador del Perú.

En 1515 se le destinó con otro militar llamado Morales para atravesar el Istmo y comerciar con los naturales en las playas del Pacífico. Allí mientras que estaba ocupado en recoger su botín de oro y perlas de las próximas islas, sin duda recorria con la vista la línea prolongada de costas hasta que terminaba en el horizonte, y se inflamaba su imaginación con la idea de que algún día podría ir á conquistar las misteriosas regiones situadas mas allá de las montañas. Al trasladarse el asiento del gobierno al traves del Istmo á Panamá, Pizarro acompañó á Pedrarias, y su nombre fue notable entre los que estendieron la línea de la conquista al Norte, luchando con las belicosas tribus de Veragua. Pero por gloriosas que fuesen estas expediciones, le producian poco oro; y á la edad de cincuenta años el capitán Pizarro se encontró en posesión solamente de un trozo de tierra malsana cerca de la capital, y de un repartimiento de indios proporcionado al valor de sus servicios militares (2). El Nuevo-Mundo era una lotería en que eran tan escasos los premios grandes, que casi todas las probabilidades estaban contra el jugador, y á pesar de esto estaba dispuesto el jugador á aventurar su salud, su fortuna, y aun muchas veces su honor mismo.

Tal era la situación de Pizarro cuando en 1522

Nuevo Mundo, cuyo buen éxito atribuye el autor modestamente, como causa principal, al valor de su pariente. Varones ilustres, pág. 187.

(1) Pizarro y Orellana, Varones ilustres, págs. 121—128.—Herrera, Hist. Gen., dec. I, lib. VII, cap. XIV.—Montesinos, Anales, MS., año 1510.

(2) «Teniendo su casa, y hacienda, y repartimiento de indios, como uno de los principales de la tierra, porque siempre lo fue.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 79.

Andagoya volvió de su expedición incompleta al Sur de Panamá, trayendo noticias mucho mas amplias que hasta entonces se habían recibido de la opulencia y grandeza de los países situados al Sur (3). Esto coincidía con los momentos en que estaban haciendo su impresión en el espíritu público las brillantes hazañas de Cortés, que daban un nuevo estímulo al espíritu aventurero. Las expediciones hacia el Sur llegaron á ser el objeto favorito de los cálculos y de las conversaciones entre los colonos de Panamá. Pero como la región del oro se hallaba detras de la inmensa cortina de las cordilleras, aun estaba envuelta en profunda oscuridad. No podia formarse idea alguna de su verdadera distancia; y los padecimientos y dificultades que habían experimentado los pocos navegantes que habían seguido ese rumbo, daban un aspecto sombrío á la empresa, que hasta entonces había retraído á los mas animosos de tomar parte en ella. No resulta de ningún dato que Pizarro manifestase mas ardor que los demas; ni era tal el estado de sus fondos que pudiese concebir esperanzas de buen éxito sin grandes auxilios por parte de otros. Encontró este auxilio en otros dos individuos de la colonia, que desempeñaron un papel demasiado importante en los acontecimientos posteriores para que no hablemos de ellos en particular.

Uno de ellos, Diego de Almagro, era un soldado de fortuna, probablemente de alguna mas edad que Pizarro, aunque poco se sabe de su nacimiento, y aun está en duda el lugar en que ocurrió. Supónese que nació en la ciudad de Almagro, en Castilla la Nueva, de donde, por falta de origen mas claro, se deduce su nombre; puesto que, lo mismo que Pizarro, era espósito (4). Pocos pormenores se saben de él hasta el actual período de nuestra historia; porque era uno de aquellos á quienes la fermentación de las épocas turbulentas lanzan de una vez á la superficie, menos dichosos en esto quizás que si permaneciesen en su oscuridad primitiva. En su carrera militar, Almagro había alcanzado la reputación de soldado valiente. Era de carácter franco y generoso, algo atropellado y violento en sus pasiones; pero, como les sucede á los hombres de temperamento sanguíneo, despues del primer estallido no era difícil apaciguarlo. En una palabra, tenia todas las cualidades y los defectos de un hombre honrado, á quien no ha modificado mejorándolo la disciplina de la primera educación ó el dominio de sí mismo.

El otro era Hernando de Luque, eclesiástico español, que desempeñaba las funciones de cura en Panamá, y que antes había sido maestro escuela en la catedral de Darien. Parece haber sido hombre de singular prudencia y conocimiento del mundo, y por sus cualidades respetables había logrado ejercer mucha influencia en la pequeña sociedad á que pertenecía, y manejar fondos que hacían que su cooperación fuese esencial al buen éxito de la empresa.

Convínose entre los tres socios que los dos mili-

(3) Andagoya dice que obtuvo, mientras estuvo en Birú, noticias muy circunstanciadas del imperio de los Incas por medio de unos traficantes que recorrían el país. «En esta provincia supe y hube relación, así de los señores como de mercaderes é interpretes que ellos tenían, de toda la costa de todo lo que despues se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia la manera y gente de ella, porque estos alcanzaban por via de mercadería mucha tierra.» Navarrete, Colección, tomo III, núm. 7.

(4) «Decía él que era de Almagro,» dice Pedro Pizarro que lo conocia mucho. Rel. del Descub. y Conq. de los reinos del Perú, MS.—Véase tambien Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLI.—Pizarro y Orellana, Varones ilustres, pág. 214.

El último escritor confiesa que no eran conocidos los padres de Almagro; pero añade que sus primeras hazañas pruebanlo ilustre de su cuna. Prueba que vale poco por cierto.

tares contribuirían con su pequeño haber al costeo de los gastos del armamento, pero Luque fue el que proporcionó la mayor parte de los fondos. Pizarro había de tomar el mando de la expedición, y Almagro tocaba equipar y surtir de víveres á los buques. Los socios obtuvieron fácilmente el consentimiento del gobernador para llevar á cabo su empresa. Después de la vuelta de Andagoya, él había proyectado otra expedición; pero el que había de encargarse de ella murió antes de tiempo. No sabemos qué razón hubo para que no realizase su plan primitivo, confiando el negocio á un capitán de tanta experiencia como Pizarro. No le disgustaba probablemente que otros pagasen las costas, con tal de que á él le tocase una buena parte de las utilidades. No descuidó esta parte en las estipulaciones (1).

Auxiliado de esta manera con los fondos de Luque y con el consentimiento del gobernador, Almagro no tardó mucho en hacer sus preparativos para el viaje. Compráronse dos buques pequeños, el mayor de los cuales había sido construido por Balboa para emprender en persona esta misma expedición. Desde su muerte había permanecido desmantelado en el puerto de Panamá. Recorrióse lo mejor que se pudo, y se le puso en disposición de salir al mar, mientras que se metían á bordo las provisiones y pertrechos con una prontitud que hacía mas honor al celo de Almagro que á su previsión.

Mayores dificultades había que vencer para encontrar el suficiente número de hombres; porque las expediciones en aquella dirección habían suscitado una desconfianza que era muy difícil vencer. Pero había muchos ociosos en la colonia que habían venido en busca de fortuna, y estaban dispuestos á buscarla aun al traves de los mayores peligros. Con estos materiales reunió Almagro un cuerpo como de unos cien hombres (2), y estando todo dispuesto Pizarro tomó el mando, y levado anclas, salió del pequeño puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524. Almagro debía salir después de él en otro buque menor, en cuanto este se hallase listo (3).

La época del año era la peor que podía elegirse para el viaje, porque era la estación de las lluvias, cuando los vientos contrarios se oponen á la navega-

(1) «Así que estos tres compañeros ya dichos acordaron de yr á conquistar esta provincia ya dicha. Pues consultándolo con Pedro Arias de Avila que á la sazón era gobernador en Tierra Firme, vino en ello haciendo compañía con los dichos compañeros con condición que Pedro Arias no había de contribuir entonces con ningun dinero ni otra cosa sino de lo que se hallase en la tierra de lo que á él le cupiese por virtud de la compañía de allí se pagasen los gastos que á él le cupiesen. Los tres compañeros vinieron en ello por aver esta licencia, porque de otra manera no la alcanzarán.» (Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.) Andagoya sin embargo afirma que el gobernador estaba tan interesado como los demás, tomando cada uno sobre sí la cuarta parte de los gastos. (Navarrete, Colección, tomo III, núm 7.) Pero sea cual fuere la parte de Pedrarias importa poco, puesto que la cedió antes que la expedición hubiese dado utilidad alguna.

(2) Herrera, el historiador mas popular de estos acontecimientos, calcula que no acompañaron á Pizarro mas que ochenta hombres. Pero todas las demás autoridades que he consultado dicen que llegaban á mas de ciento. El P. Navarro, contemporáneo y que residió en Lima, dice que eran 129. Relación sumaria de la entrada de los españoles en el Perú, MS.

(3) Existe la acostumbrada divergencia entre los autores sobre la fecha de la expedición. Casi todos la fijan en 1525. Yo he seguido á Xerez, secretario de Pizarro, cuya narración se publicó diez años después del viaje, y quien en tan corto intervalo de tiempo no pudo olvidar la fecha de acontecimiento tan memorable. (Véase su conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 179.)

Parece que no deja duda en esto la capitulación de Pizarro con la corona, que yo no había examinado hasta después de escribir lo que precede. En este documento, fechado en julio de 1529, se habla de la primera expedición como cosa que había ocurrido unos cinco años antes. (Véase Apéndice, núm 7.)

ción hacia el Sur, y hay que temer el peligro adicional de las tempestades que recorren la costa. Pero los aventureros no entendían esto. Después de tocar en la isla de las Perlas, punto de arribada frecuente á pocas leguas de Panamá, Pizarro se dirigió al traves del golfo de San Miguel, y puso el rumbo casi al Sur hacia el puerto de Piñas, punta de tierra en la provincia de Biruquete, que señalaba el límite del viaje de Andagoya. Antes de su partida Pizarro había obtenido todas las noticias que podía dar este sobre el país y sobre la dirección que había de tomar. Pero la experiencia del mismo Andagoya había sido demasiado escasa para que pudiese ser muy útil á Pizarro.

Doblando el puerto de Piñas, el buquecillo entró en el río Birú, y la mala aplicación de este nombre fue, según creen algunos, lo que dió origen al del imperio de los Incas (4). Después de navegar por este río unas dos leguas, Pizarro mandó fondear, y desembarcando todas sus fuerzas, exceptuando á los marineros, procedió al frente de ellas á explorar el país. El terreno era un vasto pantano en que las fuertes lluvias habían dejado innumerables charcos de agua estancada, y el fango no ofrecía punto de apoyo al pie del viajero. Este triste pantano estaba rodeado de bosques, al traves de cuya espesa vegetación y de la enredada maleza que la cubría, penetraban con mucha dificultad; y saliendo por fin de ellos, se encontraron en una región montañosa, de carácter tan áspero y llena de tantas piedras, que les cortaba los pies hasta el hueso, y el soldado cansado, con la carga de su pesada malla ó del justillo de algodón espesamente entretelado, apenas podía arrastrar un pie tras otro. El calor á veces era insuportable; y cansados y hambrientos se tiraban al suelo exhaustos y sin fuerzas. Tal fue el ominoso principio de la expedición al Perú.

Pizarro, sin embargo, no se descorazonaba, y trataba de reanimar el valor de los suyos, rogándoles que no se desanimasen por dificultades que un corazón intrépido sobrepuja siempre sin duda alguna, y les recordaba al mismo tiempo el premio de abundante oro reservado para los que perseverasen en la empresa. Pero fácil era conocer que no había nada que esperar permaneciendo en esta triste región. Volviendo pues á su buque, lo dejaron deslizarse con la corriente y proseguir su rumbo hacia el Sur en el gran Océano.

Después de costear algunas leguas, Pizarro echó el ancla en un paraje de aspecto no muy halagüeño, donde embarcó leña y agua. Luego, dirigiéndose un poco mas hacia alta mar, continuó su rumbo hacia el Sur. Pero en esto fue contrariado por una serie de tormentas, acompañadas por truenos espantosos y torrentes de lluvia como no se ven sino en las tempestades terribles de los trópicos. El mar estaba enfiurecido, y levantando sus espumosas montañas amenazaba á cada momento tragarse el buquecillo, que hacia agua por todas sus costuras. Durante diez días los desgraciados viajeros fueron juguete de las olas, y solo merced á esfuerzos constantes, los esfuerzos de la desesperación, lograron impedir que su frágil buque se fuese á pique. Para aumento de desgracias, empezaron á escasear las provisiones y sobre todo el agua, de la cual solo tenían unos pocos barriles; porque Almagro había contado con que de cuando en cuando renovarían sus escasas provisiones en la costa. Toda su carne estaba consumida, y quedaron reducidos á la ración miserable de dos mazorcas diarias de maíz para cada hombre.

Combatidos de este modo por el hambre y por los elementos, los desgraciados viajeros se dieron por

(4) Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VI, cap. VIII.

muy satisfechos con volverse atrás y con encontrar el último puerto en que habían hecho provisiones de agua y leña. Sin embargo, nada era mas desconsolador que el aspecto del país. Era bajo y pantanoso, lo mismo que el desembarcadero anterior; mientras que los espesísimos bosques, cuya profundidad no podía penetrar la vista, se extendían como una pantalla por la costa con una longitud al parecer interminable. En vano trataron los cansados españoles de recorrer los senderos de este complicado laberinto, en que las enredaderas y las lianas, que brotan con tal esplendor en una atmósfera cálida y húmeda, se habían enredado en los colosales troncos de los árboles, y habían formado un tejido que no se podía penetrar sino con el hacha. Entre tanto apenas cesaba de caer la lluvia, y el suelo cubierto de hojas y saturado de humedad, parecía huir resbalándose bajo sus pies.

Triste y desconsolador era el aspecto de estos bosques sombríos, en que las emanaciones de la sobrecargada superficie envenenaban el aire, y parecían no consentir el desarrollo de la existencia, exceptuando sin embargo la de los millones de insectos cuyas relucientes alas brillaban como chispas de fuego en todas las aberturas del bosque. Hasta la creación bruta parecía haber huido de este punto fatal, en que los aventureros no vieron animales ni pájaros de ninguna clase. El silencio reinaba sin interrupción en el corazón de estas tristes soledades; á lo menos el único ruido que se escuchaba era el de la lluvia al caer sobre las hojas, y el de los pasos de los desconsolados aventureros (1).

Enteramente desanimados por el aspecto del país, los españoles empezaron á comprender que no habían ganado nada con venir á tierra, y empezaron también á temer seriamente que se morirían de hambre en una región que no producía mas fruto que unas bayas desagradables que recogían algunas veces en el bosque. Quejábanse á voces de su suerte desgraciada, acusando á su comandante como autor de todas sus desdichas, porque los había engañado prometiéndoles una tierra encantada, que parecía huir mas y mas á medida que adelantaban ellos. Inútil era, decían, luchar contra el destino, y lo que mas convenia era tratar de volver á Panamá á tiempo para salvar la vida, en lugar de aguardar en aquel sitio á morirse de hambre.

Pero Pizarro estaba dispuesto á combatir males y desgracias aun mayores que estas antes de volver á Panamá con su crédito arruinado, y para ser objeto de la burla general como visionario que había incitado á otros á embarcarse en una empresa que él no había tenido valor suficiente para llevar á cabo. La ocasión presente contenía su única esperanza. Volver era arruinarse para siempre. Empleó, pues, todos los argumentos que el amor propio herido y la avaricia le podían suministrar para disuadir á los suyos de su propósito; les hizo ver que estas eran las desgracias naturales que encontraba siempre el descubridor en su carrera, y les recordó las brillantes hazañas de sus compatriotas en otras regiones, y las noticias repetidas que ellos mismos habían recibido de los ricos países de la costa de que les sería fácil apoderarse sin mas que un poco de constancia y de valor. Sin embargo, como sus necesidades eran urgentes, resolvió enviar el buque á la isla de las Perlas, para que tragese á su gente un nuevo surtido de provisiones con que pudiesen marchar adelante con nueva y mejor esperanza. La distancia no era muy grande, y pocos días habían de bastar para sacarlos

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 180.—Relación del primer descub., MS.—Montesinos, Anales, MS. año 1525.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. I, cap. VII.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VI, cap. VIII.

de su triste posición. El oficial á quien se confió este servicio se llamaba Montenegro; el cual llevándose cerca de la mitad de la gente, y después de recibir las instrucciones de Pizarro, se hizo inmediatamente á la vela y se dirigió hacia la indicada isla.

En cuanto se fue el buque, Pizarro trató de examinar el país y ver si podía encontrar alguna población de indios en que pudiese procurarse provisiones para su gente. Pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque no se descubrió el mas leve rastro de habitación humana; si bien con el denso é impenetrable follaje de las regiones ecuatoriales podían bastar algunas varas de distancia para ocultar á una ciudad. Los únicos recursos para alimentarse que quedaban á los desdichados aventureros, eran recoger de cuando en cuando algunos mariscos en la costa, coger las hojas amargas del palmero, ó las yerbas malsanas y desagradables que crecían en el bosque. Algunas de estas eran tan venenosas, que los que las comían se hinchaban y sufrían los mas agudos dolores. Otros preferían el hambre á estos miserables alimentos, desfallían con la debilidad y se morían de inedia. A pesar de todo esto su intrépido jefe se esforzaba por conservar su esperanza y por adelantar los abatidos ánimos de sus compañeros. Partía francamente con ellos sus escasas provisiones, era incansable en sus esfuerzos para proporcionarles alimentos, cuidaba á los enfermos él mismo y mandó que se construyesen cuarteles para que estos á lo menos estuviesen al abrigo de las lluvias de la estación. Gracias á esta simpatía que manifestaba hacia sus compañeros, adquirió una influencia inmensa sobre ellos que el ejercicio de su autoridad no hubiera alcanzado nunca, á lo menos en estas apuradas circunstancias.

Día tras día y semana tras semana había pasado ya, y no se habían recibido noticias del buque que había de traer socorro á los aventureros. En vano extendían sus miradas por el vasto Océano en busca de sus amigos. Ni un punto se descubría en el horizonte de la azulada llanura, donde no se aventuraba la canoa del salvaje y donde aun no se había desplegado la blanca vela del europeo. Los que al principio habían resistido con valor á todas las contrariedades, se entregaban ahora á la desesperación al contemplarse abandonados por sus compatriotas en estas desiertas y tristes playas, y decaían á influjo de aquel doloroso sentimiento que oprime y seca el corazón. Mas de veinte de los que componían la pequeña partida habían muerto ya, y los que sobrevivían parecían próximos á seguirlos en rápida sucesión (2).

En esta crisis vinieron á decir á Pizarro haberse descubierto una luz al traves de una remota abertura del bosque. Recibió esta noticia con alegría difícil de describir, puesto que le anunciaba la proximidad de alguna población; y colocándose al frente de una pequeña partida, se dirigió al punto indicado para reconocerlo. No fue chasqueado por cierto, porque después de salvar penosamente una espesa extensión de monte bajo y follaje, descubrió un desmonte en que estaba situado un pueblecillo de indios. Los tímidos habitantes, al ver la repentina aparición de hombres tan estraños, abandonaron espantados sus chozas; y lanzándose á ellas los hambrientos españoles, se apoderaron con ansia de lo que contenían, que eran alimentos compuestos en su mayor parte de maíz y cocos. Este socorro, aunque pequeño, era demasiado oportuno para que no los llenase de gozo.

Los asombrados indígenas no les ofrecieron resistencia alguna. Pero recobrando su confianza al ver que no se les hacia daño alguno, se acercaron á los blancos y les preguntaron que por qué no se quedaban en su país y cultivaban sus tierras, en lugar de andar

(2) Ibid, ubi supra.—Rel. del primer descub., MS.—Xerez, Conq. del Perú, ubi supra.